

Leg 52 Paquete P

n. 16

858

El mundo á la venida de Jesucristo.

ESTADO SOCIAL, MORAL, INTELLECTUAL Y POLITICO
del mundo á la venida de Jesucristo.

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

por el Licenciado en Sagrada Teología

DON FRANCISCO LLANO Y ALVAREZ,

EN EL ACTO SOLEMNE

de recibir la investidura de Doctor en la misma facultad.



MADRID.

IMPRENTA DE DON ANDRES PEÑA, ISABEL LA CATOLICA, 4, BAJO.

1856.

UVA. BHSC. LEG.05-1 n358

HTCA

U/Bc LEG 5-1 n°358



1>0 0 0 0 2 7 9 1 2 9

ESTADO SOCIAL, MORAL, INTELLECTUAL Y POLITICO

del momento a la vez de la historia.

DISCURSO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

DE LA REPUBLICA DE VENEZUELA



MADRID

IMPRESA DE DON JUAN DE LA CRUZ, S. A.

1958

Excmo. é Ilmo. Sr.:

Solo cubierto con la égida de vuestra indulgencia, ilustrados Doctores, pudiera yo hoy por primera vez subir tranquilo á esta respetable cátedra con una taréa tan difícil como inherente al superior grado académico que voy á recibir. Seguro de lograr aquella, y lograrla generosa y abundante, cuál la derrama el sábio, no hé vacilado un momento en deséchar nimios escrúpulos que obstáran llevar á cabo mi cometido.

Inoportunas é inconvenientes fueran, empero, mis pretensiones, si por el deleznable valor de mis conocimientos literarios aspirára á conquistar vuestra alta proteccion. Pues qué, ¿podiera yo por ventura desconocer la distancia inmensa que en el terreno de la ciencia me separa de vosotros? ¿Podiera nunca el pigmeo elevarse á la altura del coloso? No, señores, no. Lejos de mí tan atrevida idea. Falto en mi carrera de los eminentes timbres del saber, no intentaré tampoco exornarla hoy con otros mas que con los de

mis buenos deseos. Avido y solícito siempre de los primeros, jamás hé dado trégua á los segundos. Constante y firme en el propósito de realizarlos hé tenido que luchar durante aquella con mil óbices á este fin. He tenido que salvar á costa de paciencia y fatigas las muchas innovaciones por que desgraciadamente han pasado los estudios teológicos. A merced de aquellas he arribado al término de mi empresa. ¿Pero cómo? Con un vacío que difícilmente produjéran la quietud y la calma. Estas auxiliares en la meditacion del estudio me abandonaron no pocas veces. Mas, forzoso era pagar con ellas un tributo á la voluntariedad. Forzoso, sí, era el caminar con zozobra por senda tan incierta como insegura. Por manera que ante tan recios obstáculos mis esperanzas hubieran naturalmente cedido; mis deseos mas vivos renunciado de buen grado á su propósito. Sin embargo, no así ha sucedido; venciendo, pues, una parte la valla que tan árdudas dificultades me oponian, é invocando por la otra el auxilio de mi débil inteligencia, hé conseguido dar cima á todos mis afanes y desvelos, y alcanzado hoy por fin ver ya próximo el momento en que serán sobradamente pagados. He aquí en bosquejo, señores, trazados á la par que el cuadro de mi historia literaria, el sinuoso camino por que he llegado hasta vosotros. Bajo estas consideraciones mirado mi advenimiento á este sitio, creo innecesario el reiterar mis súplicas en demanda de vuestra indulgencia, puesto que espero me asista. Resta y cumple ahora á mi deber manifestaros el humilde fruto de mis trabajos en la proposicion, que tengo la honra de someter á vuestro notorio y recto juicio.

Estado social, moral, intelectual y político del mundo á la venida de Jesucristo.

Si atentamente observamos el lúgubre aspecto que ofrecia la sociedad en cuyo seno apareció el infante de Belen, no podré-

mos menos de tributar el homenaje de nuestra gratitud á la inmensidad de beneficios que su venida al mundo importó á la humanidad; no podremos menos de contemplarle cuál benéfica y luminosa aurora que sacó á esta del tenebroso caos en que vilmente yacia. Esteriormente adornada con la mentida pompa de sus galas, no ocultaba otra cosa en el fondo mas que hediondez repugnante. Su moral carecia de fundamento, sus costumbres de pureza, sus pasiones de lenitivo, de sancion sus leyes, y de un Dios su religion. Las ideas, esclavas como estaban del fanatismo religioso y caprichos de la filosofia, vogaban inconstantes y sin fin determinado.

Colocado el hombre en tan miserable estado, era ciertamente incomprendible á sí mismo, pues que desestimando su dignidad, permitia que se le degradára hasta el ser irracional, cuando por otra parte si trataba de encumbrarla lo hacia siempre yendo mas allá de los diques de la razon y órden natural. Notable contraste ofrecia en verdad ver á una gran parte del género humano arrastrar el oprobio de la esclavitud, mientras que la otra tan fácilmente encomiaba las proezas de sus héroes y enaltecia las mas cínicas monstruosidades. Volvamos por un momento los ojos á la ciudad del mundo; miremos á esa Roma en los mejores períodos de grandeza, y veamos el cuadro que ofrece á nuestra consideracion.

La infeliz condicion del esclavo, que cargado de hierro trabajaba penosamente la tierra sin otro alimento que pan y agua, ni otro descanso para sus fatigas que una húmeda é insalubre mazmorra, era comparativamente peor á la de los brutos destinados á servir de recreo en las fiestas populares. Severamente se castigaba por una ley del imperio á todo aquel, que aun en el caso de propia defensa diese la muerte á uno de estos. Mas, débiles y muy débiles pinceladas van aun trazadas sobre el feroz carácter de este pueblo, si discurriendo por los horribles actos de sus emperadores, fijamos nuestra atencion en un Calígula, mandando alimen-

tar con carne humana á los leones del Circo; en un Neron dispuesto á entregar á la voracidad de cierto egipcio hombres vivos, y en un Tito haciendo arrojar á las fieras tres mil judíos en memoria al natalicio de su padre. Sabida es tambien la frecuencia con que sucumbian, víctimas de la mas leve sospecha del emperador, veinte ó treinta mil personas sin distincion de edades, sexos, ni condiciones, llevando su cinismo los parientes de estos hasta el punto de adornar sus casas, asistir y regocijarse en las fiestas de su dios.

De este modo hollada y reducida la dignidad del hombre á la miserable condicion del bruto, no debe sorprendernos el que con la misma estúpida indiferencia que éste mirase la muerte; siendo con tal propósito muy de notar cierto pasage que llenó de énfasis, refiere Tácito de los tiempos de Claudio. Diez y nueve mil hombres, dice, perecieron los unos á las manos de otros sobre el lago Fucino, con el sólo objeto de divertir al pópulacho romano; los combatientes antes de entrar en lid saludaron al emperador diciendo: ¡Salve, César! Los que van á morir te saludan. Esto, si no otra cosa, nos dice muy alto el extremo de degradacion á que habian llegado aquellos hombres; su natural perversidad les habia conducido mercedamente al estado de una abyeeta esclavitud.

Si indignacion causa el recuerdo de tamañas vilezas, no menos repugnancia al pudor el de sus licenciosas costumbres. El desenfreno de las pasiones era ilimitado. La voluptuosidad y deleite con sus satélites, las solas causas motoras en la práctica de sus actos. Nó ya el amor unia á los esposos, en cuanto que este carecia entre ellos absolutamente de pureza; las palabras del censor Metelo el Numídico vienen á confirmarlo. «Si la naturaleza, decia, hubiera sido bastante liberal para darnos la vida sin necesitar mujeres, estaríamos libres de una compañía bien importuna:» añadiendo, que el matrimonio debia considerarse como el sacrificio de un placer particular á un deber público. Así tratada la

mujer, no se hacia mas recomendable por su moralidad; pues que ahí tenemos, que para una Cornelia y Octavia escelentes madres de los Gracos la una, y de Augusto la otra, nos lega en cambio la historia á una Servilia, mujer de Lúculo, castigada por sus desórdenes; á una hija de Sila, casada con Milon, sorprendida por éste con el historiador Salustio; á un Caton repudiando á su primera esposa por su mala conducta, y á una Tulhiola, hija de Ciceron, suscitar sospechas de mantener criminales relaciones hasta con su padre. Abandonaremos, empero, la prolongada série que de ejemplos semejantes se agolpa á nuestra vista, porque de insistir en ella, nos conduciria sin duda á una narracion harto enojosa.

Sin embargo, una ojeada mas por tan sombrío cuadro acabará de probarnos toda la torpeza y corrupcion de que este pueblo ha sido capaz. Hé aquí á las bellezas romanas, que óra se las vé acudir á una amorosa cita, óra á un banquete en busca de secretos y libidinosos deleites, óra al Circo á presenciar en él las luchas de gladiadores, y allí con aquella mano cuyas blandas caricias cantáran Cátulo y Propercio, hacer tranquilamente seña al vencedor para que degüelle al vencido dërribado en tierra. Hé aquí tambien á las ilustres matronas salir al teatro durante las fiestas juvenales á cantar las mas obscenas y ásquerosas canciones, imitando al Emperádor. Los amores incestuosos y contra naturaleza se hallaban á la órden del dia. La prostitucion, en fin, despojada de su último velo, se presentaba desnuda. ¿Y podian con tales mujeres ser queridos y respetados los vínculos de familia? No. Abusos tan inauditos eran bastante á romperlos. Así que nada mas comun habia que el divorcio, hasta por ligeras causas, siéndolo las mas generales la impudencia y esterilidad; motivos que no siempre tampoco necesitaban ocurrir para que lo hicieran. De César sabemos tuvo tres mujeres, cuatro Augusto, y cinco ó seis los demás miembros de su familia; viniendo en apoyo de esto mis-

no lo que de aquellas refiere Séneca cuando dice: que muchas de ellas contaban los años por sus maridos, y no ya por los cónsules.

¿Y podrá aun creerse que esta sociedad abrigára el mas pequeño gérmen de virtud? ¿Podremos, tal vez, dar este nombre á los actos de un Bruto asesinando á sus hijos; al del otro dando muerte á su padre, ó al de Lucrecia dándosela á sí misma? No, señores. La naturaleza y buen criterio altamente las rechazan como tales. Acciones sí, se ejecutan á veces, que no siendo otra cosa mas que simples efectos de las circunstancias, se las reviste no obstante con el carácter de verdaderas virtudes. Si de estas se tratára, paladinamente dijéramos que Roma las habia tenido. Ella, es cierto, ha sido frugal, denodada y valiente; pero segun que la carencia de medios por una parte, y sus instituciones por otra la obligaban.

Corroído en su base el cuerpo social por tan perversas costumbres, se le veía de un momento á otro caer exánime en la mas completa disolucion. Los esfuerzos de la inteligencia, único recurso que al parecer quedaba, eran por sí mismos harto impotentes para sostenerla. Abramos la historia; registremos sus páginas, y en ellas ostensiblemente veremos que el esmerado cultivo dado por algunos al campo de la filosofia, que á su colmo parecia haber llegado en Grecia, debido sin duda á los asiduos trabajos de un Platón, Aristóteles y Zenon, comenzaba ya entonces á disminuir en sus progresos y á languidecer en sus investigaciones. Veremos aun antes de tocar en el período de su decadencia, que no por eso han sido mas bonancibles aquellos tiempos en que florecieron estos hombres, hallando por todas partes vestigios de la esterilidad de su ciencia en las instituciones sociales. Los modernos siglos nos suministran de esta verdad abundante número de pruebas, tanto mas fáciles de notar, cuanto que tenemos á la vista los resultados que las ciencias naturales han producido. Y por último,

apenas necesitamos parar mientes en el cúmulo de extravagancias que con tanto encomio han salido de las escuelas filosóficas sobre la naturaleza, para comprender desde luego el funestísimo fin que á esta admirable máquina del universo esperaba, de haber girado á merced de aquellas.

Es cierto, que si respecto al politeísmo no se habia declarado aun vencida así en Grecia como en Roma, sus elementos no obstante eran débiles y casi nulos para perfeccionar los hombres, pues que óra por la lucha exterior é interior de sus doctrinas, óra por la angustiosa duda que enjendraba en los ánimos, resultado de esto era el tenerlos constantemente separados entre sí. Irregular en sus principios, carecia además de un fin cierto y seguro á que conducir al hombre. Pero, concedamos por un momento que entre las torpes cavilaciones de la filosofia existieran tambien nociones de Dios y del hombre, ¿qué provecho sacaba de ellas la sociedad? Ninguno; absolutamente ninguno: en cuanto que á semejanza de miembros dislocados se hallaban destituidas de centro y de unidad; siendo preciso confesar de una vez que el estudio de aquella, servia mas bien para trastornar el entendimiento humano, que para conducirlo á la perfeccion.

No á menos interés mueven las observaciones hechas sobre la organizacion política de esta sociedad. La constitucion de Roma, creada para dirigirse en los primeros años de su existencia, no podia menos de sufrir alteraciones notables, y llevar el sello de la imperfeccion al aplicarla al régimen de los vastos dominios con que posteriormente se habia engrandecido. Dolorosa perspectiva, ciertamente, ofrecen á la reflexion mas vulgar los innumerables pueblos que agrupados en el mayor desórden y con usos y costumbres tan diferentes gemian bajo el férreo cetro del imperio romano. ¿Y podia en este caso conciliarse unidad en el gobierno? No. La violencia y despotismo con que este se ejercia, eran incapaces de producir otro resultado, que el de la degradacion de

aquellos. Tanto mayor esclarecimiento se dará á esta verdad, cuanto mas observemos el tortuoso giro que desde un principio se habia dado á la administracion de justicia. Abandonada primeramente á los padres de familia, vino luego despues á encomendarse á un magistrado particular que cada ciudad tenia para el efecto. Favorablemente exagerado por este el poder público, solo hácia él se inclinaba la atención de los ciudadanos con notable perjuicio de la felicidad privada. No mayores ventajas ha proporcionado á su situacion la autoridad de los patronos, quienes en mal hora investidos con el inconveniente titulo de protectores, ejercian á su sombra la mas dura opresion en sus clientes, forzándoles á secundar sus miras de ambicion y de avaricia. Sobreviniendo á esto la escision entre patricios y plebeyos, parecia en un principio favorecer á la libertad; mas vino posteriormente la esperiencia á probar lo contrario. Su mútua oposicion no dió, pues, otro resultado que la guerra civil, en la que no ya tampoco eran de la patria los ejércitos que se batian.

En vano era el procurar remedio á estos conflictos, mientras que las leyes emanadas de las diferentes formas de gobierno llevarán consigo el sentimiento de partido, ó el abuso de la victoria. Esto propiamente era lo que allí sucedia. Cónsules, Dictadores y Tribunos imponian leyes, segun que el Senado, Tribus ó Centurias prevalecian, por lo que se hacia en ellas imposible la unidad de miras. En la decision de negocios públicos, no ya se oía la voz del Jurisconsulto ocupado solo de la de pequeños intereses privados, mientras que la importancia de aquellos estaba á merced de la intriga, de la fuerza ó de los apasionados discursos de los oradores. Tan críticas circunstancias no podian presentar mas propicia ocasion á todo el que descára representar el papel de pacificador del mundo. Roma se hallaba ya debilitada por aquella interminable lucha: y hé aquí á aquella que en mejores tiempos se apellidaba la Señora del mundo, vilmente entregarse ahora á

la tiranía de unos mónstruos ascendidos al trono por una série de crímenes; mónstruos, que adormeciéndola en un foco de corrupcion, concluyeron por hacerla objeto impasible de su desprecio los unos, y de su crueldad los otros.

Creo, Excmo. Sr., haber bosquejado, aunque á grandes rasgos, el deplorable estado en que bajo los aspectos social, moral, intelectual y político se encontraba el mundo á la venida de Jesucristo: época, sin duda alguna, notablemente célebre: á ella y solo á ella debe la sociedad el haberse felizmente salvado de la total destruccion que le amenazaba.—HE DICHO.

Francisco Llauro y Alvarez.



UVA. BHSC. LEG.05-1 n358